

LA TRIPLE CONDICIÓN DEL DIOS UNAMUNIANO: ENTRE LA CREENCIA CORDIAL, LA DUDA AGÓNICA Y EL ATEÍSMO DE DIOS

ÁLVARO LEDESMA DE LA FUENTE

Universidad de La Rioja

RESUMEN: La concepción de Dios de Unamuno está enmarcada por la interacción entre creencia, duda y ateísmo, lo cual desafía las categorías convencionales de la existencia de Dios al presentar esta como un reflejo de su lucha personal entre la fe y la razón. Este artículo delinea tres propuestas para comprender la figura del Dios unamuniano: en primer lugar, como un Dios creído, una divinidad cuya existencia es asumida y afirmada; también como un Dios creado, que se configura por la fe depositada en él por sus creyentes; por último, como un Dios ateo, cuya existencia supone la negación de su condición de posibilidad. Estas observaciones dan muestra de la complejidad de la relación de Unamuno con la divinidad, e ilustran su rico debate acerca de la naturaleza de lo divino.

PALABRAS CLAVE: Unamuno; Dios; agnosticismo; ateísmo; creencia; creación.

The triple condition of Unamuno's god: between the cordial belief, the agonizing doubt, and the atheism of God

ABSTRACT: Unamuno's conception of God is framed by the interaction between belief, doubt, and atheism, challenging the conventional categories of the existence of God by presenting it as a reflection of his personal struggle between faith and reason. This article offers three proposals to understand the figure of the Unamunian God: first, as a believed God, a divinity whose existence is assumed and affirmed; second, as a created God, shaped by the faith placed in him by his believers; and lastly, as an atheist God, whose existence implies his negation. These observations demonstrate the complexity of Unamuno's theory with the divine and illustrate his thoughts on the nature of divinity.

KEY WORDS: Unamuno; God; Agnosticism; Atheism; Belief; Creation.

Dios es una suposición; pero yo quiero que vuestra suponer no vaya más lejos que vuestra voluntad creadora.

¿Podrías vosotros *crear* un Dios? – ¡Pues entonces no me habléis de dioses!¹

Friedrich Nietzsche, *Así habló Zarathustra*

Estaba en lo cierto Ferrater Mora en *Unamuno: bosquejo de una filosofía*, temprano estudio publicado por primera vez en la década de los cuarenta, cuando sugería que el Dios unamuniano es un Dios hereje, un ente que no se acomoda con facilidad a las categorías clásicas de existencia o inexistencia, por ser estos términos exiguos, limitados, incapaces de plasmar los matices que Unamuno requiere para filosofar sobre la entidad de Dios². Sabemos que

¹ NIETZSCHE, F., *Así habló Zarathustra*, prólogo y traducción de Andrés Sánchez Pascual, Alianza, Madrid 1998, p. 120.

² Ver en: FERRATER MORA, J., *Unamuno: bosquejo de una filosofía*, Sudamericana, Buenos Aires 1957, p. 59.

era reacio a ofrecer definiciones rígidas que limitaran el significado de aquello a lo que se refería, pues de esta forma se cercenaba con palabras su compleja naturaleza. El Dios unamuniano es esquivo, se esconde en los resquicios en los que el racionalismo krausista deja paso a la tradición de la fe cordial e intrahistórica; su identidad difusa consigue zafarse de cualquier intento de definición, como la sombra proyectada en el suelo que nunca llegamos a alcanzar. A lo largo de su evolución intelectual, la idea de Dios se adecúa a las reflexiones de cada etapa de su pensamiento, y por eso apreciamos un Dios mutable que cambia con el tiempo, pues hacerlo idéntico a sí mismo sería, en definitiva, matarlo. Así, es posible localizar en su obra distintas aproximaciones a esta figura, que además reflejan sus inquietudes de cada momento. En el cuestionario en francés publicado por la revista suiza *Coenobium* en 1911 descubrimos cómo Unamuno imagina a ese Dios y qué lugar ocupa en sus pensamientos:

Es muy difícil, casi imposible, exponer cómo concibo a Dios. Cada vez que *pienso* en él le concibo de otra manera: siempre a mi imagen y semejanza; soy yo proyectado al infinito; y como yo cambio, también él cambia conmigo. En cuanto a la oración, es para mí una vieja costumbre, una tradición desde la infancia. Con ella y a través de ella me busco a mí mismo, busco mis raíces de infinitud³.

Si bien esta cita podría ser una buena aproximación *unamuniano modo* a la naturaleza de Dios disponemos también de otro célebre registro, que fue la respuesta que Unamuno brindó en los días de su destierro en París al ser interrogado por cuál era su verdadera creencia: «Un poeta chileno en *La Rotonde* le preguntó: ¿Usted cree en Dios? Y tras una pausa, Unamuno respondió: Primero me tiene usted que decir qué entiende usted por creer y qué entiende usted por Dios»⁴. Con esta contundente réplica Unamuno advertía sobre la dificultad de acotar el significado de Dios, pues como había escrito una década atrás en *Del sentimiento trágico de la vida*: «La religión, más que se define, se describe, y más que se describe, se siente»⁵.

Pese a estas vacilaciones, la necesidad que Miguel de Unamuno siente por Dios es notoria. Es reveladora la declaración epistolar dirigida a quien durante muchos años fue su confesor por correspondencia, Pedro Jiménez Ilundáin, al que en una carta fechada en 1911 confesaba: «No creer en Dios es respetable (yo mismo no sé hasta qué punto creo); no querer que lo haya me es odioso»⁶. Este fragmento ilustra la religiosidad heterodoxa de Unamuno, en la que el auténtico sentido de la creencia no es la existencia de Dios, sino la necesidad de

³ UNAMUNO, M. de, *De la desesperación religiosa moderna*, Trotta, Madrid 2011, pp. 85-86.

⁴ MADRID, F., *Genio e ingenio de Don Miguel de Unamuno*, Aniceto López editor, Buenos Aires 1943, p. 81.

⁵ UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*, Tecnos, Madrid 2005, p. 381.

⁶ UNAMUNO, M. de, *Epistolario americano*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca 1996, p. 372.

buscarlo con el fin de dotar al mundo de sentido. Es por eso que la resignación ante la inexistencia de Dios le resulta una actitud inaceptable, ya que estima que quienes reniegan de Dios lo hacen, tan solo, por la desesperación de no encontrarlo. La vida, asume, debe contar con un propósito, plasmado en una exigencia de comportamiento personal, y ha de existir una moral que incardiñe los actos. Es necesario, por último, un principio garante de la bondad de la moral. Escribe en *Del sentimiento trágico de la vida*:

«Dijo el malvado en su corazón: no hay Dios». Y así es en verdad. Porque un justo puede decirse en su cabeza: ¡Dios no existe! Pero en el corazón sólo puede decírselo el malvado. No querer que haya Dios o creer que no le haya, es una cosa; resignarse a que no le haya, es otra, aunque inhumana y horrible; pero no querer que le haya, excede a toda otra monstruosidad moral. Aunque de hecho los que reniegan de Dios es por desesperación de no encontrarlo⁷.

El Dios de Unamuno es conciencia infinita y personalizada del universo, que se individualiza a través del conocimiento humano: «Dios me aparece como la conciencia infinita y eterna del universo, como mi propia conciencia proyectada en el infinito y en lo eterno»⁸. Este Dios unamuniano cuenta, a su vez, con facultades característicamente humanas: piensa y sueña sus criaturas, a las que dota de la capacidad de creer en su propia entidad ficcional. Lo apreciamos en *Amor y pedagogía*, en un fragmento dialógico entre Avito Carrascal y Fulgencio Entrambosmares, el *alter ego nivolesco* de Unamuno en el relato: «—¿Pero es que ahora cree usted en Dios [...] —Mientras Él crea en mí...»⁹. Para Unamuno la búsqueda de Dios equivale a la voluntad de encontrarlo: al postular su figura no solo la estamos creando, sino que es la necesidad de garantizarnos nuestra inmortalidad la que nos haría crear esta figura al creer en ella e ir a su encuentro. Hay que querer encontrar a Dios, pues se accede a él con el corazón y no con el intelecto; por amor y no por la razón. De ese modo, la divinidad que concibe es un Dios cordial y no racional. No se encontrarán argumentos lógicos que demuestren su existencia. Lo explica, de nuevo, en *Del sentimiento trágico de la vida*:

No es posible conocerle para luego amarle; hay que empezar por amarle, por anhelarle, por tener hambre de Él, antes de conocerle. El conocimiento de Dios procede del amor a Dios, y es un conocimiento que poco o nada tiene de racional. Porque Dios es indefinible. Querer definir a Dios es pretender limitarlo en nuestra mente, es decir, matarlo. En cuanto tratamos de definirlo, nos surge la nada¹⁰.

⁷ UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*, p. 340.

⁸ UNAMUNO, M. de, *De la desesperación religiosa moderna*, p. 52.

⁹ UNAMUNO, M. de, *Amor y pedagogía*, Alianza, Madrid 2000, p. 75.

¹⁰ UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*, p. 319.

La religiosidad de Unamuno se encuentra en el culto sincero e íntimo de cada creyente, donde esa creencia aporta el sustrato de un Dios que habita en el ser humano. Por lo tanto, para Unamuno, no es viable buscar a Dios a través de la lógica, ya que el uso de pruebas racionales aniquila la fe. Sabemos que en sus abundantes lecturas de juventud dio con una cita del naturalista alemán Carl Vogt, que constataba cuál es el destino al que está abocado Dios si se entiende solo como un sucedáneo teleológico:

Era yo un mozo que empezaba a inquietarme de estos eternos problemas, cuando en cierto libro, de cuyo autor no quiero acordarme, leí esto: «Dios es una gran equis sobre la barrera última de los conocimientos humanos; a medida que la ciencia avanza, la barrera se retira». Y escribí al margen: «De la barrera acá, todo se explica sin Él; de la barrera allá, ni con Él ni sin Él; Dios, por lo tanto, sobra» Unamuno¹¹.

El joven Unamuno, influenciado por sus lecturas positivistas, había señalado que ese Dios era un medio y no un fin, una herramienta hermenéutica pero no una teleología. El Unamuno maduro, en cambio, consideraba que esa interpretación racionalista era una vía desacertada para llegar a Dios, como confiesa en *Tratado del amor de Dios*: «Busqué muchos años a Dios por el camino lógico y Dios se me deshizo en su idea. Con razonamientos y pruebas teológicas llegué a la idea de Dios, no a Dios mismo»¹². El camino de la lógica y el raciocinio está condenado al fracaso, al igual que la fe pragmática. Con esto se refiere al cálculo pascaliano, el cual concluye que, con el fin de obtener las ventajas que proporciona la religión, es más conveniente creer en Dios que no hacerlo. Sin embargo, como se señala en *La agonía del cristianismo*, esta postura resulta ser tibia y poco satisfactoria¹³. Este acercamiento interesado a Dios se sitúa en las antípodas de la fe vivida por Unamuno, pues no solo no resuelve las dudas sobre la existencia divina, sino que además entra en conflicto con una religiosidad que rechaza cualquier intento de instrumentalización. Unamuno necesita a un Dios personal que satisfaga su voluntad de creer, necesita encontrar en esta figura a un personaje en el que poder depositar su confianza. Esta creación, además, incluye otro aspecto importante: el fin de crear a Dios no es solo garantizar la anhelada inmortalidad, sino que ese Dios creado también ofrece una medida de la altura espiritual del artífice de dicha creación. Así, el Dios unamunesco pone de manifiesto el deseo de totalidad de su literario creador, que por desear que exista acaba trayéndolo a la existencia. Se constituye así como la materialización de un deseo: creer que hay Dios es querer que lo haya, y querer que lo haya permite formular la idea de Dios como externalización de nuestra subjetividad.

¹¹ *Ibid.*, p. 310.

¹² UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*, p. 521.

¹³ UNAMUNO, M. de, *La agonía del cristianismo*, Espasa-Calpe, Madrid 1980, pp. 107-109.

La cualidad definitoria del Dios unamunesco es la *sobreexistencia*: no como una causa incausada y precedente, sino como manifestación de la voluntad de sobrevivir de sus creyentes. Un Dios que no origina nuestro ser, sino que garantiza su inmortalidad: «Es la esperanza en Dios, esto es, el ardiente anhelo de que haya un Dios que garantice la eternidad de la conciencia, lo que nos lleva a creer en Él»¹⁴. Esta idea de Dios como garante de la propia conciencia alberga, sin embargo, un implícito ateísmo. Aunque Unamuno trataba de acallar estas dudas recurriendo a la primacía ontológica de este ente creado sobre la del sujeto cognoscente creador, no podemos olvidar la inseguridad ontológica de su figura, a la que se le aplican atributos tanto de conciencia *sub specie aeternitatis* como de individuo sintiente. Dios es agonía ontológica, al ser pura contradicción y a la vez padecer el conflicto de voluntades que caracteriza a todos los personajes unamunianos, y como indica François Meyer: «Dios es la forma eterna y la más desesperada de querer serlo todo, eternamente crucificado por la finitud del mundo y las criaturas»¹⁵. Teniendo en cuenta estas consideraciones, proponemos tres maneras de comprender la figura de Dios en Unamuno: en primer lugar, como un Dios *creído*, una divinidad que se asume como existente y se afirma su entidad; también como un Dios *creado*, que debe su existencia a los individuos que depositan su fe en Él y de esta forma lo traen a la realidad; por último, como un Dios *ateo*, cuya existencia implica negar su condición de posibilidad.

1. DIOS CREÍDO

La premisa de que «creer en Dios es querer que Dios exista» hace su aparición en repetidas ocasiones a lo largo de la bibliografía unamuniana: una divinidad cuya existencia la determina la creencia de sus criaturas. Esta necesidad de Dios, de que los sujetos crean en Él para que así pueda existir, es un rasgo definitorio de su filosofía: «Dios necesita la creación —señala Francisco Fernández Turienzo—, porque Él no tiene cuerpo, ni materia bruta, ni inconsciencia. Pero necesita que la haya fuera de Él»¹⁶. Unamuno se percata del doble sentido que tiene el verbo creer en castellano, y de que ambos significados pueden ser contradictorios: «queriendo decir, por una parte el mayor grado de adhesión de la mente a un conocimiento como verdadero, de otra parte una débil y vacilante adhesión»¹⁷. Utiliza con frecuencia la primera acepción, una conformidad fuerte a ciertos principios y realidades que configuran nuestro

¹⁴ UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*, p. 342.

¹⁵ MEYER, F., *La ontología de Miguel de Unamuno*, Gredos, Madrid 1962, p. 90.

¹⁶ FERNÁNDEZ TURIENZO, F., *Unamuno, ansia de Dios y creación literaria*, Ediciones Alcalá, Madrid 1966, p. 200.

¹⁷ UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*, p. 343.

existir. Sin embargo, en esta acepción también se incluye en parte la segunda, pues esas convicciones fuertes predisponen a la duda y la incertidumbre. La necesidad de creer en este Dios cuenta con un carácter epistemológico además de religioso, pues su presencia aporta claves con las que comprender, habitar y explicar el mundo: «Y así, la idea de Dios es una hipótesis también que sólo tiene valor en cuanto con ella nos explicamos lo que tratamos con ella de explicarnos: la existencia y esencia del Universo, y mientras no se expliquen mejor de otro modo»¹⁸.

Además de proporcionar una comprensión del universo, la creencia en ese Dios es crucial para que el individuo tenga la certeza de que el universo es útil y no carece de finalidad. Ante la sospecha de que la vacuidad *post mortem* borrará todo rastro de nuestro paso y hará que lo vivido y creado haya sido en vano, Unamuno se aferra a la fe en un Dios que respalde su supervivencia inmortal. No de forma egoísta e interesada, como el disoluto que se arrepiente de su libertinaje en el lecho de muerte solo ante el temor a una eternidad de suplicios, sino con la obstinada actitud de aquel que busca un *telos* que aporte sentido a su mitología privada. No como bálsamo o narcótico que adormece la voluntad con promesas vanas: al contrario, el creyente unamuniano se arroja a ella y polemiza con sus principios, extrayendo todo aquello que pueda ser valioso para la elaboración de una fe íntima y personal. Es la angustia vital y no la necesidad racional lo que conduce a Unamuno a creer en Dios. Para Unamuno creer en Dios es amarle, y amarle es sentir a Dios como entidad suficiente. Lo indica en el artículo de 1906 «¿Qué es verdad?», donde asegura que creer en Dios consiste en querer que lo haya y tratar de crearlo a través de la praxis, a saber, actuando en consonancia y con plena convicción de su existencia¹⁹. Esta querencia es la fuente de la esperanza, y el origen de nuestros sentimientos de belleza y bondad: «Creer en Dios es, ante todo y sobre todo, querer que Dios exista y obrar como si Dios existiera, obrar, es decir, como si existiera una conciencia suprema, la conciencia del universo que dio finalidad y objeto a éste»²⁰. Actuar como si Dios existiera es la causa de que así lo sea, pues la acción de creer crea su objeto, que emerge *a posteriori* para proporcionar una finalidad a la creencia.

En la obra unamuniana también encontramos interpretaciones de corte afectivo acerca de esta creencia performativa: «Y se crea a Dios, es decir, se crea Dios a sí mismo en nosotros por la compasión, por el amor. Creer en Dios es amarle y tenerle con amor, y se empieza por amarle aun antes de conocerle, y amándole es como se acaba por verle y descubrirle en todo»²¹. Al ser afectados

¹⁸ UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*, p. 320.

¹⁹ Ver en: UNAMUNO, M. de, *Obras Completas VIII, Ensayos*, Fundación José Antonio de Castro, Madrid 2007, p. 891.

²⁰ UNAMUNO, M. de, *De la desesperación religiosa moderna*, p. 50.

²¹ UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*, p. 349.

por Dios y partícipes de su misterio hacemos presente a este Dios en el mundo. No se trata, recordemos, de una reedición del pragmatismo pascaliano: creer en Dios es la proyección del deseo de que Dios exista, y esta existencia divina no es posible sin la reciprocidad de la voluntad humana de crearlo. De ser así, Dios existe porque se cree que existe, porque *es creído*. Esto transfigura al ser humano —una criatura creada por Dios si nos atenemos al *Génesis*— en el auténtico creador de este Dios, un creador de relatos que ha sido capaz de dar a luz a esta gran ficción divina.

2. DIOS CREADO

Así como el Dios creído existe en la medida en que se deposita la fe en Él, otra modalidad del Dios unamuniano es entenderlo como aquel que ha sido *creado* para dar objeto a esa creencia. Para Unamuno Dios también puede estar siendo escrito, o lo que es lo mismo, creado, y ser obra de la imaginación del individuo. El deseo de Dios es la exigencia de su sentido, la manifestación de su voluntad por sobrevivir, y la humanidad habría creado a este personaje en ficciones, mitologías y religiones como una figura necesaria para su condición moral. Que Dios sea un personaje novelesco no desmerece su cualidad de existente; los personajes de ficción disponen de una primacía ontológica, por ser entidades inmortales capaces de hollar el mundo literario a través de los siglos. Las perspectivas humanas crean a Dios al igual que dan forma a los personajes. Es por eso que, para Unamuno, al asumir la existencia plena de Dios estaremos reconociendo *de facto* la de los personajes de ficción. La creación por parte del sujeto de la divinidad asimila aspectos que reflejan sus afanes e inclinaciones, pero asimismo tiene el carácter exótico de aquello que proviene de fuera de sí, que resulta ajeno y sobrenatural. La lectura de Unamuno de María Zambrano no pasó por alto esta extrañeza y alienación respecto a la interioridad del creador literario: «Quien de veras ha llegado a ser creador, ha sido antes endemoniado, poseído, obsedido y enajenado [...] Porque no son ilusiones, no son sombras, son... algos que el autor lleva en sí y consigo, antes de darlos a luz»²². Toda creación, en el momento en que sale a luz, es a la vez parte y ausencia de su autor, emancipándose así las ficciones una vez traspasan la barrera de la imaginación de su creador. En la producción de Unamuno contamos con un caso paradigmático: la leyenda de Don Quijote consiste en la reinterpretación que él mismo lleva a cabo; volver a vivir las aventuras del genial hidalgo con el fin de hacerlas suyas y de que la gesta del caballero renazca, recreando, de esta manera, a un personaje que trasciende los límites de la escritura del Siglo del Oro.

Unamuno se refiere a esta divinidad como un Dios cordial, una entidad que mantiene una relación personal y directa con cada individuo. Sánchez

²² ZAMBRANO, Mª., *Unamuno*, Debate, Barcelona 2003, p. 74.

Barbudo cataloga a este personaje como una ficción más de su obra, en armonía, además, con el cristianismo filoprotestante de Unamuno: «El Dios cordial unamunesco, decimos nosotros, existía no en la fantasía sino en el corazón de Unamuno; pero sólo en su corazón, no fuera. Era un deseo de Dios, un querer creer que no puede ser confundido con verdadera creencia»²³. Ese Dios cordial y personal es creado, y creído, en su magín, y desde ahí desempeña su labor divina; un Dios que, en *Niebla*, es entendido, y por lo tanto existente, en lengua castellana: «un Dios que piensa en español y en español dijo: ¡sea la luz!, y su verbo fue verbo español...»²⁴. Un Dios cuya esencia descansa en las voluntades de sus creyentes, pues, así como los individuos se reconocen en cuanto a nuestra relación con las demás y con el medio, este Dios unamuniano también acaece de esta manera: en su relación con los sujetos que lo *creen* y de este modo le conceden el don de la existencia. Que Unamuno describa a Dios en estos términos no supone un cuestionamiento de su figura, al contrario, la sitúa al nivel de los grandes problemas de la tradición filosófica. Este Dios cordial mora ahí donde habitan sus creyentes, y se aparece o se representa cada vez que es leído o citado. Esta superioridad ontológica de la ficción, es decir, la primacía metafísica de los entes ficticios sobre aquellos que consideramos reales y que responden a un significante concreto y encarnado en el mundo, es una de las características de esta religiosidad herética a la que se refería Ferrater.

Sin embargo, no solo encontramos a un Dios cuyo ser está conformado por la voluntad de creer. Unamuno necesita crear a Dios, aunque no puede hacerlo sin albergar profundas dudas. Dios es una creación, un personaje, pero su existencia está determinada por una fe que también suscita sospechas, lo que pone en disputa su entidad. Estas intuiciones nos llevan hacia una interpretación aún más audaz: la de un Dios ateo.

3. DIOS ATEO

¡Tú eres mi sueño! ¡Eres un sueño, no existes!
 -Por el entusiasmo con que me niegas -se rió el *gentleman*-, estoy convencido de que, a pesar de todo, crees en mí.
 -¡Ni lo más mínimo! ¡No creo en ti ni en una centésima parte!
 -Pero sí en una milésima parte. Las dosis homeopáticas son, quizás, las más fuertes²⁵.

Fiódor Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*

²³ SÁNCHEZ BARBUDO, A., *Estudios sobre Unamuno y Machado*, Guadarrama, Madrid 1959, p. 47.

²⁴ UNAMUNO, M. de, *Niebla*, Cátedra, Madrid 2009, p. 283.

²⁵ DOSTOIEVSKI, F. M., *Los hermanos Karámaozov*, Alba, Barcelona 2020, p. 845.

La heterodoxia de Unamuno alcanza tal grado que desemboca en la negación de Dios, una afirmación que implica la negación de lo que se está afirmando. En el libro undécimo de *Los hermanos Karamázov* somos testigos de la diatriba del racionalista y ateo Ivan Fiodorovich, quien no logra disipar la presencia onírica de su mefistofélico acompañante a pesar de sus intentos por rechazar su existencia y atribuirla a su psique atormentada. Unamuno nos presenta así a un Dios ateo, corroborando las sospechas de los inquisidores más devotos sobre la inapropiada naturaleza de sus escritos²⁶. Y es que el estadio final del Dios unamuniano es su despedida; en una nota al pie en *El resentimiento trágico de la vida*, el manuscrito en el que Unamuno trabajaba en los últimos meses de su vida, suscribe una reflexión de profundo contenido religioso que alude a la pérdida de la fe y revela la difícil situación personal que atravesaba entonces: «con un adiós a Dios se despedía de la fe de su infancia abandonada»²⁷.

El ateísmo latente que sobrevuela la etapa final de la obra de Unamuno se manifiesta a través de recursos literarios destinados a reafirmar su fe más por voluntad que por creencia genuina. En *Cómo se hace una novela* Unamuno es contundente: «¡Y Dios se calla! He aquí el fondo de la tragedia universal: Dios se calla. Y se calla porque es ateo»²⁸. La inexistencia de este Dios no constituye un gran dilema para la filosofía unamuniana; si bien esta concepción confirmaría el declive del Dios de la teología escolástica, no es esta la que satisface la necesidad de Unamuno de un Dios personal. Como ya advirtiera Philipp Mainländer en *Filosofía de la redención*, el Dios tradicional de la teología ha tornado en un cadáver, al igual que la fe intelectual, cuyo raciocinio buscaba desentrañar la clave racional del mundo. La silueta de este Dios negado se vislumbra en el poema «Ateísmo», cuyo revelador título anticipa su contenido. Es así como Unamuno nos asume la inexistencia de Dios en un universo ateo:

Cómoda acusación la del ateísmo
para traer a un simple al estricote,
mas ello se reduce a un mero mote
que es el de Dios un insondable abismo,

en que todo es al cabo uno y lo mismo
y no hay por tanto quien de él agote
contrasentidos; en un pasmarote
hánosle convertido el catecismo.

²⁶ En enero de 1957 el Santo Oficio incluyó *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo* en el *Index librorum prohibitorum*; eso dificultó su difusión durante esas décadas en España. Ver en: RIBAS, P., *Filosofía, Política y Literatura en Unamuno*, Endymion, Madrid 2017, p. 223.

²⁷ UNAMUNO, M. de, *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y la guerra civil española*, Estudio de Carlos Feal, Alianza, Madrid 1991, p. 41.

²⁸ UNAMUNO, M. de, *San Manuel Bueno, mártir y Cómo se hace una novela*, Alianza, Madrid 2008, p. 108.

Tomamos como fe a la esperanza
que nos hace decir: «¡Dios, en ti creo!»
cuando queremos creer, a semejanza
nuestra haciéndole. Dios es el deseo
que tenemos de serlo y no se alcanza;
¡quién sabe si Dios mismo no es ateo!²⁹.

La cualidad atea, y, por lo tanto, contradictoria, de esta divinidad dibuja el ateísmo *sui generis* de Unamuno, que se manifiesta en esta peculiar interpretación acerca de la figura divina. Dezsö Csejtei se pregunta por las claves de este ateísmo de Dios, y puntualiza con precisión el problema cuando afirma que: «la humanidad le despojó gradualmente del contenido de la santidad, y, por otra parte, aquella vacuidad, en el Él mismo se convirtió para sí mismo»³⁰. Del ateísmo de Dios contamos con más indicios en la poesía de Unamuno, registro empleado con frecuencia para vehicular su pensamiento de raíz mística. Encontramos otro ejemplo en *Rosario de sonetos líricos*, en la hermosa «Oración del ateo», en la que Unamuno ofrece pistas del contenido y significado concreto de su idea de divinidad ausente. Resulta paradójica la petición que da inicio al soneto: «Oye mi ruego Tú, Dios que no existes». El trágico poeta clama de esta forma a la misma entidad cuya existencia pone en duda, haciendo de su petición una súplica estéril. Sin embargo, el Dios ateo impulsa a Unamuno a actuar *como si Dios existiera*, transformando así esta figura en un código ficcional y un producto humano, similar a otros artefactos culturales creados de forma comunitaria³¹. La obra de Unamuno está jalonada de contradicciones de este calibre, que constatan que el conocimiento no se asienta solo en lo racional, sino que también brota del corazón y la vida, la fuente que motiva este tipo de paradojas:

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes,
y en tu nada recoge estas mis quejas,
Tú que a los pobres hombres nunca dejas
sin consuelo de engaño. No resistes

a nuestro ruego y nuestro anhelo vistes.
Cuando Tú de mi mente más te alejas,
más recuerdo las plácidas consejas
con que mi ama endulzóme noches tristes.

¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande
que no eres sino Idea; es muy angosta
la realidad por mucho que se expande

²⁹ UNAMUNO, M. de, *Obras Completas IV, poesías*, Fundación José Antonio de Castro, Madrid 1999, p. 373.

³⁰ CSEJTEI, D., *Muerte e inmortalidad en la obra filosófica y literaria de Miguel de Unamuno*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca 2005, p. 89.

³¹ NAVAJAS, G., *Unamuno desde la postmodernidad*, PPU, Barcelona 1992, p. 68.

para abarcarte. Sufro yo a tu costa,
 Dios no existente, pues si Tú existieras
 existiría yo también de veras³².

La tragedia del ateísmo unamuniano radica en creer en ese Dios ateo que no existe, pero cuya aparición se manifiesta por la voluntad inquebrantable de su creencia, que se materializa en una existencia ficcional. La ironía aquí es la ambivalencia a la que se enfrenta el Dios de Unamuno, un Dios cuya afirmación de no-existencia es, de hecho, condición necesaria para que acaezca el mundo. Esa desesperación de no encontrarlo «pues si Tú existieras existiría yo también de veras» esconde el *leitmotiv* unamuniano por antonomasia: el insondable abismo que supondría no hallar un trasunto teleológico que proporcionase una respuesta al *telos* del mundo. Aunque ese Dios no exista, es perentoria la necesidad que el hombre Miguel de Unamuno tiene de este; su esencia se basa en desearlo, para así crearlo mediante la creencia. Sea cual sea su estatus ontológico, Dios sueña, enseñorea a sus criaturas, y es mediante este onírico génesis como Unamuno va a conformar toda una poética —en el sentido etimológico griego— divina. Acerca de esta paradoja disolvente suscribía Fernández Turienzo: «Dios nos sueña y puede dejar de soñarnos, le soñamos y podemos dejar de soñarle. Y finalmente, será Dios, un Dios pasional, un Dios con pasión infinita de ser y de ser siempre Dios»³³. Analizada esta proposición a la luz de la lógica formal es palpable una gran contradicción, no obstante, las impugnaciones de la lógica no conservan su validez aquí, pues la comprensión de la divinidad unamuniana se inspira en intuiciones que brotan del corazón y hacen posible que la vida sea vivida.

4. «OYE MI RUEGO TÚ, DIOS QUE NO EXISTES»

La fe agónica de Unamuno llevaba consigo un constante replanteamiento del objeto de su creencia. Sin embargo, estas reflexiones nos conducen a considerar una posibilidad final: la de que Unamuno no creyera en absoluto. No porque le resultara imposible aceptar una vida sin sentido, sino desde la perspectiva del ateísmo propositivo, que sostiene la inexistencia de Dios. Es posible que nunca lleguemos a saber con certeza si Unamuno llegó a encontrar a Dios o no, o incluso si esta búsqueda misma constitúa su auténtica religiosidad. Lo que Unamuno pretende, como afirma en numerosos pasajes, es socavar la fe de algunos y cuestionar el racionalismo de otros; incitar a quienes leen sus libros a dudar como una práctica metódica³⁴. De ahí su empeño en criticar la ortodoxia religiosa imperante a su alrededor, caracterizada por formulismos vacíos y

³² UNAMUNO, M. de, *Obras Completas IV, poesías*, p. 350.

³³ FERNÁNDEZ TURIENZO, F., *Unamuno, ansia de Dios y creación literaria*, p. 209.

³⁴ Ver en: UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* y *Tratado del amor de Dios*, p. 505.

tradiciones esclerotizadas. La importancia de la fe reside en la experiencia que proporciona, en la manera en que se experimenta la espiritualidad asociada a la religión, lo que permite a sus seguidores creer en el mundo que habitan.

La tragedia de Unamuno es la de vivir una fe religiosa sin poder creer que esta le garantice la vida eterna, y por ello recurre fervorosamente a la creación de universos literarios que mitiguen ese vacío. A lo largo de su obra encontramos numerosas alusiones a su profunda convicción cristiana, que revelan su comprensión del mundo desde una perspectiva religiosa. Esta intensa religiosidad nos sugiere una interpretación compleja de la existencia de Dios como un personaje de ficción tan real como él mismo³⁵. Unamuno, que sospecha la inexistencia de un más allá donde perpetuar su conciencia de forma infinita, se apoya en una ficción edificante antes que enfrentarse a la soledad y al vacío de la duda; su fe agónica no encuentra satisfacción ni en la fe ortodoxa ni en una comprensión personalista, lo que lo lleva a cuestionar tanto su retrato como ferviente creyente como aquel que lo describe como ateo en el corazón de la Universidad de Salamanca. Es en este abismo donde reside su tragedia y su agonía, motivándolo a explorar otras vías para vislumbrar la inmortalidad, como la creación literaria.

REFERENCIAS

- Csejtei, D. (2005). *Muerte e inmortalidad en la obra filosófica y literaria de Miguel de Unamuno*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Dostoievski, F. M. (2020). *Los hermanos Karámaozov*, traducción y notas Fernando Otero y Marta Sánchez Nieves. Barcelona: Alba.
- Fernández Turienzo, F. (1966). *Unamuno, ansia de Dios y creación literaria*. Madrid: Ediciones Alcalá.
- Ferrater Mora, J. (1957). *Unamuno: bosquejo de una filosofía*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ledesma de la Fuente, Á. (2024). «Ontología de los personajes nivolecos: criatura y creador en la filosofía literaria de Miguel de Unamuno», en: *Interpretatio. Revista de hermenéutica, dossier especial Miguel de Unamuno*, marzo-octubre, pp. 43-59.
- Madrid, F. (1943). *Genio e ingenio de Don Miguel de Unamuno*. Buenos Aires: Aniceto López.
- Meyer, F. (1962). *La ontología de Miguel de Unamuno*. Madrid: Gredos.
- Navajas, G. (1992). *Unamuno desde la postmodernidad*. Barcelona: PPU.
- Nietzsche, F. (1998). *Así habló Zarathustra*, prólogo y traducción de Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza.
- Oya, A. (2022). «Unamuno on the Ontological Status of God and Other Fictional Characters», en *Teorema: Revista internacional de filosofía*, vol. 41, N°. 3, pp. 25-45.
- Ribas, P. (2017). *Filosofía, Política y Literatura en Unamuno*. Madrid: Endymion.
- Sánchez Barbudo, A. (1959). *Estudios sobre Unamuno y Machado*. Madrid: Guadarrama.

³⁵ Sobre la concepción realista pero no evidencial del Dios unamuniano, personaje divino pero creado por el hombre de carne y hueso, ha profundizado recientemente Alberto Oya.

- Unamuno, M. de (1980). *La agonía del cristianismo*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Unamuno, M. de (1991). *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y la guerra civil española*, estudio de Carlos Feal. Madrid: Alianza.
- Unamuno, M. de (1996). *Epistolario americano*, edición, introducción y notas de Laureano Robles. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Unamuno, M. de (1999). *Obras Completas IV, poesías*. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Unamuno, M. de (2000). *Amor y pedagogía*. Madrid: Alianza.
- Unamuno, M. de (2005). *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*, edición de Nelson Orringer. Madrid: Tecnos.
- Unamuno, M. de, (2007). *Obras Completas VIII, Ensayos*. Madrid: Fundación José Antonio de Castro.
- Unamuno, M. de (2008). *La agonía del cristianismo*. Madrid: Austral.
- Unamuno, M. de (2008a). *San Manuel Bueno, mártir y Cómo se hace una novela*. Madrid: Alianza.
- Unamuno, M. de, (2009). *Niebla*. Madrid: Cátedra.
- Unamuno, M. de (2011). *De la desesperación religiosa moderna*, edición y traducción de Sandro Borzoni. Madrid: Trotta.
- Unamuno, M. de (2015). *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Alianza.
- Zambrano, M^a. (2003). *Unamuno*. Barcelona: Debate.

Universidad de La Rioja
alvaro.ledesma@unirioja.es

ÁLVARO LEDESMA DE LA FUENTE

[Artículo aprobado para publicación en febrero de 2025]